

Filosofía en la Ciudad
Alfredo Vallota y Lucía Dao (Comp.)
Caracas, UCAB-Konrad Adenauer Stiftung, 2018

Por Mario Di Giacomo
(Universidad Católica Andrés Bello)

Filosofía en la Ciudad*
Alfredo Vallota y Lucía Dao (Comp.)
Caracas. *Apuntes Filosóficos*, 2019

Por Mario Di Giacomo
(Universidad Católica Andrés Bello)

Hace ya unos cuantos años, nuestro inolvidable Cabrujas escribió en *El Nacional* que la influencia del intelectual en Venezuela se asemejaba al papel del sirviente que, en *La Traviata*, apareciendo una vez, con una sola línea en toda la ópera, se limita a decir a los invitados: *la cena è pronta!* En efecto, precario puede ser el predicado del sujeto que hemos llamado intelectual, en cuyo ámbito podemos ubicar al subconjunto de los llamados “filósofos”. Parece que en general, y en especial durante los últimos tiempos despóticos, hemos estado viviendo en los remotos entresijos mencionados por Epicuro que apartan a los dioses de los hombres, llevando una vida retirada y umbrátil, como si el espesor del lenguaje filosófico apenas sedujese a unos pocos y lo entendiesen menos personas todavía. Sin embargo, los judíos, los más religiosos de entre ellos, suelen atribuir al estudio un rango comparable al de la oración, como si el estudio fuese una plegaria, el fenómeno religioso por experiencia, como diría Chrétien, así sea esta una plegaria al dios desconocido. Pensaba Novalis que la plegaria es a la religión lo que el pensamiento es a la filosofía, de modo que orar es hacer religión (*Religion machen*), mientras que pensar es a veces, únicamente a veces, hacer filosofía. Ahora bien, prefiero la intersección entre pensamiento y oración, así como la de Dios y pensamiento. Hay parresías y sinceridades que nos obligan a hablar desde un compromiso, sea religioso, sea ateo. Lo importante es que en momentos de coyuntura política hay que hablar explícitamente y no pedir a la oración, al orante, que ore con la boca cerrada, o que mantenga bien cerrada la boca mientras la oración se dirige hacia sus posibles nada y deja también de denunciar eso que más debajo de Dios, sublunar o finito, se ha convertido hoy en el espacio de una injusticia sociopolítica, redil de populismos capaces de vaciar a la democracia de significado, convirtiéndola prácticamente en su contrario, en un significativo vacío, o, en términos de opinión pública, multiplicando los referentes noticiosos para que justamente dejen de existir los referentes, creando *fake news*, engendrando desinformación y

* Texto leído en ocasión del bautismo del libro VV.AA., *Filosofía en la ciudad. Caracas y la Filosofía* (Caracas, UCAB-Konrad Adenauer Stiftung, 2018), en la UCAB, en 29 de noviembre de 2018, en el auditorio #2 del complejo Cultural Padre G. García Plaza.

prodigando verdades a medias. Estamos inscritos, pues, en una red de postismos: posmodernidad, aunque ésta resuena cada vez menos, guerras posconvencionales, postfordismo (el perfecto socio de la academia por competencias, propiciador de flexibilidades y adaptaciones acrílicas al aparato de la producción), postverdad, y pronto se añadirán los prefijos pertinentes a todas esas extrañas derivaciones que hacen de la verdad un espantajo al que hay que sacar cuanto antes de nuestras vidas.

Este libro nace de su propia *lex orandi*, de su propia forma oracional, a pesar de las diversidades teóricas que en él se inscriben: habla de ética, estética, política, constitución de lugares ciudadanos, de la filosofía del cuerpo, de derechos humanos, de renta básica, dando así voz a nuestra propia voz, permitiéndonos decir todavía en la pluralidad de los textos aquello que el poder asume como una amenaza. Es de resaltar que el poder en su expresión tiránica, ya no solo intolerante, sino propiamente tiránica, se devela en su total arbitrariedad en todo disenso que el otro, o los otros, puedan manifestar ante su aparente dignidad, olvidando que su dignidad contiene dentro de sí una gravísima impotencia: que el poder no se deriva de sí mismo, que el poder no consiste en una autoposición, sino que proviene de aquellos de entre los cuales, en caso de ser tiránico, tomará incluso algunos cautivos, los llevará hasta los distintos lechos de Procusto del tormento e instilará en el torturado la *lex orandi* del silencio: hay que mantener la boca cerrada, para que el torturado no preste su voz a otras voces, para que otras voces, las del testigo, no se conviertan en la voz del silenciado.

Todo texto, además de proseguir una conversación que viene más lejos que cualquier memoria, además de hundirse en la noche donde las memorias de hoy se recordarán vagamente, es una antropofanía, la posibilidad de que quien escribe se escriba en su propio texto, descubriendo en él no sólo a sí mismo, sino la tradición de la que viene, en mundo en el que inhabita, las relecturas que lo recrean. En *De magistro*, san Agustín atribuye al habla dos funciones principales, la de enseñar (*docere*) y la de aprender (*discere*). Toda escritura nos lleva a esa dinámica según la cual enseñamos únicamente combatiendo nuestras profundas ignorancias, reconociéndolas antes, desde luego, o durante el proceso mismo de dar luz a una idea, que no brota mediante un normal rompimiento de fuentes propio del parto natural. Santo Tomás, hombre de manuscritos y silencios, hablaba, en latín conciso y preciso, del acto de enseñanza como ese proceso mediante el cual enseñando aprendemos, *docendo docemur*. Bien, hay en estos textos de

este libro una *lex orandi* que hace referencia al propio objeto de estudio. Sin embargo, el propio objeto de estudio no cierra al autor ni a una pragmática del lenguaje ni a una efusión hermenéutica y su ley, esa según la cual el mensaje no existe si no existe un destinatario: la praxis del otro que lleva a cabo una interpretación del texto salido de quién sabe dónde y cuyo final se desconoce. Así como todo suplicante confiesa en la plegaria su propia insuficiencia, abdicando de cualquier pretendida soberanía, todo texto y su autor, si es que posee uno, confiesa la negación de su egocentrismo: no hay un yo tan pagado de sí mismo que no requiera la recepción de la lectura, su eventual culminación, y una culminación que dentro de la filosofía de la finitud jamás podrá encarnar en ningún tipo de absoluto. El creyente remite a las Alturas sus deseos y esperanzas, sus necesidades e indigencias; el texto se remite siempre al otro, es como si hubiese existido desde siempre una correlación entre escritura y lectura, como si el autor y el lector estuviesen unidos desde mucho antes de la creación (ora de la obra, ora del mundo).

Según Kierkegaard, y según san Agustín, las ilocuciones propias de las plegarias son una lucha con Dios, pero ante todo una lucha con el lenguaje que debe expresar nuestra intimidad inefable, nuestro *Verbum* más íntimo, ante ese indescriptible sin medida del cual somos a imagen y semejanza, es decir, somos a imagen y semejanza de una realidad inconmensurable. La gran paradoja de esta libertad se halla en que la lucha contra Dios solo puede ser nuestro triunfo si Dios prevalece sobre nosotros. Ocurre acaso algo semejante entre el lector y un texto: si él concluye las líneas que en apariencia no le pertenecen, ha triunfado sobre el texto y sobre su autor desconocido. Aquí los encuentros son agónicos, pero se complementan entre sí, dando cabida a nuevas semánticas, a perspectivas no vislumbradas por el autor, a deconstrucciones que permiten que el texto más defendido en sí mismo se hunda en su propia noche, la más inadvertida de todas. No hablo de la agonía, por supuesto, de la lucha contra el poder arbitrario, capaz éste de secuestrar incluso el espacio público donde se dirimen las diferencias gracias a la pluralidad de voces, contextos e intereses, llevando así paulatinamente a la política al espacio amado por los poderosos: el de la conspiración donde ellos mismos inhabitaron para entonces justificar aún más los textos de una represión reiterada.

Filosofía en la ciudad ha querido ser la agonía teórica que enfrenta, pero respetando en sus diferencias, los textos que se abren a un horizonte dialógico: sin este, el diálogo, no existe ni pluralidad textual ni la plegaria profética que denuncia el rostro deformado del presente, presente

incapaz de admitir dentro del coto cerrado de su poder tanto la parresía de cualquier interlocutor genuino, como la diversidad dóxica que constituye nuestra frágil naturaleza. No sé si inscribir en este punto la episteme como una fórmula política, por todas las dificultades que ella implica, o por la ancianidad ya extemporánea de sus enunciados. Pero cada texto escrito en libertad, en la *fiducia* que esta genera, en la intimidad cordial de sus líneas solo puede ser abrevado en un contexto donde la primera palabra sea la de la confianza, y no de su contrario, la de la inseguridad, no la de esos denuestos a los que nos hemos malacostumbrado durante ya 20 años procaces proferidos por y desde el poder: sabotaje, complot y conspiración a granel (Venezuela es hoy más que nunca antes una hacienda gomera, de la que unos pocos son dueños y señores). En un discurso enfilado a Dios, desde la cordialidad y la parresía, Él, Dios, sabe lo que pedimos, y sabe lo que necesitamos, seguramente mejor que nosotros mismos, autoencubiertos por un montón de discursos con los que justificamos la contradicción entre nuestras palabras y las *praxeis* correspondientes, mientras ladeamos las disonancias que produce en nosotros, recordando a contrapelo a Rawls, un desequilibrio reflexivo. En un discurso por medio del cual interpelamos a nuestros prójimos cometemos los mismos pecados, nos encubrimos, disonamos, perdemos el equilibrio de la reflexión. Pero el lector está allí para concluir –o apartar– el texto mismo que lo enfrenta a semejantes debilidades. Si para Filón el hombre era un ser eucarístico por excelencia, lo era por dar gracias, ese *gratias agere* tan profundamente agustiniano que en la economía de la salvación no tiene nada que ver con la lógica del intercambio de los mercados globales. Pero el dar gracias a Dios le pertenece a Dios, y nada le añade, como completar un texto le compete al lector, a quien acaso el texto algo le sume, así sea su profundo rechazo como lector.

Esperemos que este libro de *Filosofía en la ciudad*, y las fuentes inspiradoras que lo han engendrado, los eventos de esa institución denominada Filosofía en la Ciudad y el profesor Alfredo Vallota, su cabeza más visible y lúcida, aun conteniendo una ordalía de textos heridos debido a que han de pasar por la prueba del lector, sea apenas el primero de los escritos de este tenor, caracterizados por la diversidad, el derecho a tomar la palabra, la legitimidad de decir lo que haya que decir, sin violentar la dignidad del otro, ni siquiera la de quienes efectivamente la han violado con sus Procustos y sus Fálaris, con las calles sanguinolentas de un montón de Caracas sucesivas, con las víctimas del décimo piso del Sebin, y suma y sigue, porque la infamia únicamente sabe de sumar y seguir. Y ojalá que los libros siguientes puedan darse a la luz en la libertad de las grandes alamedas, no en los calabozos mefíticos, en los horizontes respirables, no

en la asfixia de las mazmorras, puesto que tales alamedas no le pertenecen en exclusiva ni a Neruda ni a los espadones de este régimen, pues ellas, ya salidas de la pluma del chileno, son una propiedad compartida, son de quien quiera apropiárselas no de forma hostil, sino amigable, cordial y litúrgica. Como expresó Mario Ruoppolo en *Il postino*, las metáforas –los textos en general– no son de quienes las han creado, sino de quienes las necesitan. Para ayudarnos a concluir, démonos una ligera licencia aludiendo a *Cabrujas* y *La Traviata*: *il libro è pronto!*